

emigracion á la Virginia, supo conquistarse el corazon de una Princesa turca, y de otras muchas damas de aquellas tierras, con no poca gloria y menos provecho suyo; que el aventurero, en fin, en quien concurrían todos los prestigios del valor y de la desgracia, conquistase fácilmente á la jóven é inexperta Pocahontas, inspirándola una ardiente pasion, parécenos fenómeno que por si mismo se explica. Profundo como la soledad de las impenetrables selvas en que era nacido y criado, y poderoso como el contraste entre la bárbara rudeza de sus salvages compatriotas y la civilizada pero heroica audacia del jóven inglés, el amor de Pocahontas, crecia y desarrollábase, y se daba á conocer mas de dia en dia, sin que le alentara la esperanza de ser nunca correspondido. Porque en verdad, Smith, idólatra de la gloria y á la ambicion consagrado, inspiró si pasiones, mas no aparece de su historia que nunca las sintiera; y por lo que respecta á su bella libertadora, tratóla siempre con tan reverente respeto, que no daba lugar á persumir en su corazon mas tiernos sentimientos.

La energia de su carácter le colocó siempre en primera línea donde y con quien quiera que se hallase: tan hábil en concebir como en ejecutar sus planes, jamás los acontecimientos le sorprendian, nunca los reveses le parecieron irremediables; y si no hizo grandes cosas, no fué porque para ello no tuviera todas las dotes necesarias, sino porque le faltaron la ocasion, las circunstancias, y los instrumentos.

Como quiera que sea, por algun tiempo inmediatamente después de haberse libertado del furor de los Indios, todas las cosas parecian salirle á medida del deseo, pues primero halló medio de dar trabajo á los colonos y alimentólos á sus expensas; y después los vió enriquecerse en el comercio merced á sus buenas relaciones con Pawhatan, que de dia en dia fueron estrechándose, y haciéndose mas útiles para los Europeos.

No desagradará tal vez al lector que le demos idea de la manera que de ejercer la hospitalidad tenían los Indios de Virginia, refiriéndole succinctamente los pormenores de una fiesta á que fueron por el padre de Pocahontas invitados el capitan Smith, su amigo el capitan Newport y todos los demás colonos de James-Town.

Pawhatan sentado en un trono de trenzados juncos, sobre almohadones

de cuero bordados de perlas y blancas simientes, y envuelto en su amplia túnica de pieles tenia á sus piés en el suelo sentadas las dos mos jóvenes y bellas de sus *squaws* (esposas), y al resto de ellas en torno, detrás de los mas eminentes entre sus guerreros. — Fronteros al trono del Régulo, dispusiéronse asientos expresamente para los colonos, á quienes después de sentados arengaron sucesivamente los jefes, en discursos mas ó menos largos, pero todos con tal vehemencia pronunciados, que quien sin entender su idioma atendiera solo á la entonacion y ademanes, los tomara por furiosos energúmenos, y no por hombres que á sus huéspedes daban la bienvenida. A espaldas de los blancos veíase formada una guardia de honor de quinientos hombres con órden expresa, antes solemnemente proclamada, de imponer pena de la vida en el acto á cualquiera que en lo mas mínimo injuriase á los colonos; á quienes, después de las arengas, se sirvió un banquete tan abundante y escogido como atendidas las circunstancias eran posible.

« Tres dias pasamos (dice uno de los convidados) en festines, danzas y diversiones de todo género, conduciéndose Pawhatan durante todo ese tiempo con una dignidad y discrecion que nos hicieron admirar á todos su natural grandeza de alma. Tanto aquel jefe, como sus vasallos despreciaban el comercio de tal manera que sin sorpresa le vimos decirle al capitan Newport: « No me conviene traficar en bagatelas: mostradme todo lo que tengais de útil y de agradable; yo tomaré lo que me agrada, y os daré en cambio lo que me parezca equivalente. » — El capitan Smith que á todos nos servia de intérprete y que miraba á Newport como si fuera su padre, aconsejóle, como todos los demás que la mala fe mercantil de los Indios conociamos, que desconfiase de la generosidad de Pawhatan; pero Newport desatendiendo nuestros consejos, y entregándose á discrecion, obtuvo por sus mercancías únicamente cuatro fanegas de trigo, en vez de las veinte que en realidad valia lo vendido. En compensacion Smith, enseñándole al Indio algunas baratijas de vidrio, y entre otras un collar de cuentas azules, que le dijo ser de cierta exquisita materia del color del cielo, y adorno de los mas poderosos Monarcas de la tierra, deslumbróle de manera que, antojado del collar el bueno de Pawhatan, diónos por una libra ó dos de aquellas cuentas hasta doscientas

ó trescientas fanegas de trigo, con lo cual nos separamos los mejores amigos del mundo. Desde entonces fueron tan estimadas las cuentas azules de vidrio entre los Indios, que solamente sus Reyes, Reinas y Príncipes osaron llevarlas en sus adornos. »

No obstante tales muestras de amistad tardóse poco en que llegara á conocimiento de los colonos un plan fraguado para exterminarlos por el gran jefe, quien á su vez sabedor de que los blancos estaban ya sobre aviso, mandó á su hija Pocahontas, á manera de Embajadora y provista de ricos presentes, para que renovase al capitán Smith las mas expresivas seguridades de su constante afecto. Smith, no menos diplomático que el Príncipe de las Selvas, aparentó quedar tan satisfecho con aquellas protestas, que puso en manos de la bella Pocahontas á ciertos prisioneros que el complot en cuestion le habian revelado.

Conviene advertir aquí, que cuantos historiadores de los primeros tiempos de la Virginia mencionan el nombre de Pocahontas, hácenlo elogiando constantemente su angelical carácter, y mostrándola como immaculada paloma de paz mensajera, entre las indomables tribus salvages y los apenas civilizados colonos. Todos la llaman la joya, la sin par, la predilecta virgen,; todos, cada vez que la ponen en escena, es para referirnos algun acto de su ternura ó de su generosidad. Jamás Pocahontas tuvo parte alguna en las horribles fantásticas matanzas de colonos á que los Indios se entregaban siempre que podian.

« Estabamos todos sentados en derredor de una hoguera y en un campo espacioso, dice el capitán Smith, cuando salieron de la vecina selva treinta mugeres jóvenes, apenas cubiertas con algunas ramas de los árboles, todo el cuerpo pintado de varios colores, rodeada á la cintura una piel de nutria, y otra de la misma especie en el brazo, y por último á la espalda un carcax lleno de flechas, y en la mano el arco. Unas á mayor abundamiento llevaban espadas, y el tomahawk otras, aquellas y estas, blandiendo las armas y con infernal clamoreo, cayeron sobre nosotros, por decirlo así, como una avenida; y después de bailar frenéticamente en torno de la hoguera, invitándome á que á la selva las siguiera — lo cual hube de hacer por cortesía — lleváronme á sus chozas de donde con nuevas danzas y nuevos gritos de salvaje gozo, después de haberme á su manera acari-

ciado, preguntándome todas: « ¿ Me amas? — Porqué no me amas? » — volviéronme á llevar á los míos, al resplandor de multitud de resinosas antorchas. »

Aunque las costumbres de su raza lo autorizaran, jamás tomó parte en tales saturnales la bella Pocahontas, que melancólica y enamorada solazábase cantando en la soledad de los bosques, el sencillo romance que la tradicion nos ha conservado fielmente, y á traducir vamos.

Ven, ¡ ay! rubio guerrero,
Ven á la selva umbría;
Con danzas mis esclavas
Al gozo te convidan.
¡ Ven! Si tu extraño nombre
Mi labio mal explica,
Te doy el mas amante
Que murmuró la brisa.
« Piedad, noble guerrero,
» Piedad del alma mia! »

¡ Oh, ven! La clara luna
Ya, de las flores, brilla;
Ya el pájaro celeste, (1)
Su nido haciendo, trina!
¡ Oh tú, que en tierra libre
Vinistes á la vida,
Y á un dios amante adoras:
Ven á mi voz amiga!
« Piedad, noble guerrero,
» Piedad del alma mia! »

¿ Tienes, allá en tu patria,
Madre, hermana querida?
¿ Con fraternales vínculos
Allá amistad te liga?
Ven, y en el seno mio
Tus penas deposita,
Ven, que yo, madre, hermana,
Soy para tí y amiga:
« Piedad, noble guerrero,
» Piedad del alma mia! »

En medio de tanto candor, la encantadora jóven conservó sin embargo constantemente la dignidad del porte de su padre heredada; porque en

(1) El Owaisa ó pájaro azul.

ese punto, Pawhatan era en su clase un acabado modelo, y tan quisquilloso que, habiéndole anunciado que el capitán de Newport había para él recibido de Inglaterra una corona y un manto real, y que al mismo tiempo le ofrecía su ayuda para vengarse de cierta tribu limítrofe que le había ofendido, respondió con noble altivez: — « Si vuestro Rey me manda presentes, recibirélos dentro de ocho días: yo también soy Rey aquí, y estoy en mi tierra: venga pues á mi vuestro padre, que no soy yo hombre que me rebaje yendo á buscarle. En cuanto á los Mohicanos, no necesito que nadie me ayude á vengarme de ellos. »

Llegado el día por él mismo para su coronación señalado, los colonos le presentaron sus regalos que consistían, además de la corona, manto y ricas vestiduras, en un jarro y palangana, y un lecho completo. Todo lo recibió Pawhatan benévolo, mas antes de vestirse el manto de grana, examinóle cuidadosamente, temiendo sin duda que fuera como la túnica del centauro Neso; y en cuanto á la corona, no hubo medio de que para recibirla se arrojara, costando no poco trabajo, y aun fuerza, reducirle á que doblara la cabeza lo suficiente para poder ceñírsela á las sienes. Solemnizaron los Ingleses el acto con una descarga general de fusilería, que ya por su estrépito, ya por cogerle de improviso, conmovió á Pawhatan al punto de hacerle perder por un momento su gravedad habitual. Recobrado, empero, y seguro de que nada tenía que temer, dió gracias á sus aliados por el presente, y en muestra de gratitud hizo don gracioso al capitán Newport de sus zapatos viejos, y de una capa de pieles.

Lleno de orgullo el corazón del gran jefe indio, al ver que el Rey de Inglaterra le trataba como su igual, pues que las regias insignias le mandaba, creyóse sin duda un gran potentado, y para probarse á sí mismo y á los demás, ocurriósele comenzar por deshacerse de los colonos: consiguiólo indudablemente á no ser por su hija Pocahontas, quien por el amor alentada, osó atravesar de noche y sola la selva para avisar á Smith de los proyectos de Pawhatan, reducidos al sencillísimo plan de enviarles á los blancos abundantes provisiones para que un festín celebrasen, y caer sobre ellos de sorpresa, cuando mas descuidados estuvieran á la mesa, para pasarlos á todos cuchillo, si ya antes no habían podido hacerlo los portadores mismos de las viandas.

Como era mas que natural, quiso Smith agradecer con presentes el servicio inmenso que le hacía Pocahontas; mas ella rehusólos todos, diciéndole que su padre la mataría si tuviese el menor indicio de lo que pasaba; y loca de amor volvióse apresuradamente al wigwam, atravesando de nuevo la soledad pavorosa de las selvas, pero satisfecha con decirse: « Están á salvo pues que los dejo advertidos. »

Cruzáronse con ella en el camino, y tuvo que apartarse para que no la vieran, los ocho ó diez robustos Indios que llevaban á los colonos el traidor regalo, que llegó en efecto á su destino poco mas de una hora después de la salida de Pocahontas.

Smith y los suyos, en tanto, habían tomado las oportunas precauciones para disfrutar de la abundancia que Pawhatan iba á proporcionarles, sin caer en el pérfido lazo que con ella les tendía; por manera que los Indios mensajeros los hallaron á todos armados, con tanta sorpresa como disgusto. — « Las armas, se aventuraron á decir los salvajes, van á estar baros para comer; » pero Smith sin atender á sus razones, hizoles gustar de todos los manjares, y luego despidiólos encargándoles dijeran á Pawhatan que conocía sus proyectos, y le esperaba á todo apercibido.

Aquella tentativa, merced á la amante indiscreción de Pocahontas, no tuvo consecuencia alguna para los audaces aventureros: mas pocos días después habiendo ido el capitán Smith á comprar trigo á la residencia de Opechancanough, tío de la jóven princesa, en el lugar de Pamanki, supo que rodeaban el wigwam nada menos que setecientos Indios.

Tal nueva llenó de terror á todos los colonos allí reunidos, menos al intrépido capitán, quien después de haber alentado con razones y amenazas á sus compañeros dirigió la palabra al jefe indio en estos términos: — Veo, Opechancanough, que tratas de asesinarnos, pero no te temo; mis soldados y compañeros no te han hecho ni te harán ofensa alguna: toma tus armas, yo tomaré las mías, y me desnudaré para que combatamos en todo iguales. Esa isla que estamos viendo en medio del río, nos ofrece seguro campo; lidiemos en ella y sea el que venza Señor de los vasallos y súbditos del vencido; ó si esa proposición no te conviene, haz que nos traigan los sacos de trigo que quieras, yo depositaré su valor en moneda de cobre, y sea todo ello el precio de la victoria. »